

SAN FELIPE NERI

NOVENA



© Congregación del Oratorio de S. Felipe Neri
de Alcalá de Henares, 2026
Plza. del Padre Lecanda, 4
28801. Alcalá de Henares
(Madrid)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Impreso en España – Printed in Spain

Cada día se dice al inicio:

Nos disponemos a rezar el ... día de la novena de San Felipe Neri, con la conciencia de que él vive con Cristo, de que su vida y su doctrina iluminan nuestra vida, de que su intercesión ante Dios es eficaz.

**En el Nombre del Padre,
y del Hijo
y del Espíritu Santo.**

Amén.

Todos:

Felipe, mi amado y santo patrón, me pongo en tus manos, y por amor a Jesús, por ese amor que te eligió y te hizo santo, te imploro que ruegues por mí, para que así como Él te ha llevado al cielo, me lleve también a mí en el momento debido.

Tú eres mi glorioso protector y, después de Jesús, María y José, el que más puede hacer por mí en la vida y en la muerte.

En tus trabajos seguiste a tu Señor y Salvador, y en tu vida escondida y en tus virtudes ocultas, en tu pureza, humildad y fervor, estás más cerca de María y José que todos los santos.

Hace mucho tiempo que me he consagrado a ti, pero no he hecho nada digno de ti y me avergüenza llamarme tuyo, porque tú tienes derecho a seguidores de gran inocencia, de gran honestidad de propósitos y gran resolución, y estas virtudes yo no las tengo.

Felipe, estando ya en el Cielo, no te turba ninguna inquietud por tu propia salvación, así que puedes cuidar de mí.

Vela por mí, evita que me retrase, obtenme la gracia necesaria para mantenerme en mi labor y que así progrese en todas las virtudes: en las tres teologales de la fe, la esperanza y la caridad; en las cuatro cardinales de la prudencia, la fortaleza, la justicia y la templanza; y además en la humildad, la castidad, la liberalidad, la mansedumbre y la honradez.

Guía de almas, patrón de los tuyos, que dirigiste tantos corazones a Dios, ruega por mí.

Amén.

(Es la cuarta de las oraciones compuestas por
S. John H. Newman para san Felipe)



*Felipe Neri niño, al que llamaban «Pippo **Buono**»*

DÍA PRIMERO

[Sentados]

BREVE HISTORIA

Felipe nació en Florencia el 21 de julio de 1515 y fue bautizado al día siguiente en el bellissimo baptisterio de san Juan Bautista, patrón de la ciudad, al que Felipe siempre veneró. Fue el segundo de los cuatro hijos del notario Francisco y de Lucrecia, que murió después de dar a luz a su cuarto hijo. Felipe tenía solo cinco años cuando perdió a su madre, pero recibió el necesario amor materno en Alejandra de Lensi, la segunda esposa de su padre, que le quiso como si fuese su propio hijo.

De la infancia y la adolescencia de Felipe sabemos, por el testimonio de su hermana Isabel, que era un niño amable, afectuoso, bondadoso, manso y, sobre todo, obediente, alegre y bromista, cualidades que le hicieron sumamente atrayente. Su bondad no pasaba desapercibida, por lo que recibió el sobrenombre de *Pippo Buono*. «*Pippo*» es un diminutivo de «*Filippo*», su nombre en italiano.

Por lo demás, creció como un muchacho alegre y bromista del barrio florentino de Oltrarno, el barrio más allá del río Arno. Uno de los muchos hombres que, pasado el tiempo, fue seducido por el carácter de nuestro patrón, dirá que la intervención sobrenatural de Dios en la vida de Felipe y su amor inmoderado a Cristo elevaron hasta la santidad más alta a aquel que no dejó nunca de ser, incluso ya anciano, un muchacho alegre y bromista de Oltrarno. Fue algo real y subrayado por todos: Felipe derrochaba alegría, una alegría honda y, a la vez, manifiesta y festiva.

En la escuela de un tal Clemente recibió la educación elemental. Pero su padre, deseoso de que su hijo creciese en

la fe, lo llevaba también a los padres dominicos del monasterio de San Marcos, donde hombres insignes habían dejado su huella: santos, artistas, evangelizadores y reformadores de la moral pública de la ciudad. Allí Felipe aprendió muy pronto a amar la virtud y a huir de las vanidades del mundo. El trato con aquellos dominicos ejemplares favoreció su natural piedad fervorosa y la sensibilidad delicada y exigente de su conciencia. Siempre los recordará agradecido y, ya avanzado en años, dirá: «Todo lo bueno que tengo se lo debo a aquellos monjes de San Marcos».

Sin embargo, a los catorce años Felipe vio con sus propios ojos los desastres de la guerra en su ciudad; vio cómo el poder cambiaba súbitamente de manos, cómo las riquezas y los honores se perdían rápidamente. Su mismo padre y su familia se vieron afectados por aquellas duras circunstancias. Por eso, su padre pensó que lo mejor era mandar a su hijo lejos de allí, a san Germano, con un tío comerciante que quizá podría asegurar su porvenir. Felipe tuvo que abandonar su ciudad para siempre. Pero más allá de los cálculos paternos, Dios trazaba su propio plan sobre la vida de Felipe.

DOCTRINA

San Felipe aprendió desde niño que las cosas de este mundo pasan y son vanas. Se lo enseñaron los dominicos de San Marcos y lo aprendió, sobre todo, viendo el horror de la guerra, y cómo todas las cosas que este mundo tiene por valiosas se pierden de la noche a la mañana. Solo una cosa permanece: Dios. Y solo él merece el amor absoluto del hombre. Así, mientras en Roma muchos buscaban placeres, riqueza y poder, él cantaba junto a sus discípulos, por las calles, cosas como esta:

«Vanidad de vanidades,
¡todo es vanidad!
Todo el mundo, y su riqueza,
todo es vanidad.

Si del mundo sus prebendas
te elevasen donde deseas,
con la muerte, ¿qué vendrá?
Todo es vanidad.

Si con bien reinases mil años,
sin aflicciones, contento, sano,
con la muerte, ¿qué vendrá?
Todo es vanidad.

[...]

Así, pues, vuelve a Dios el corazón,
dale a Él todo tu amor.
Esto jamás faltará.
Todo lo demás es vanidad».

Igual que Cristo dijo: «Si alguno viene a mí y no odia a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo»; san Felipe enseñaba a los suyos: «La cantidad de amor que se pone en las criaturas, se le quita a Dios».

Y en el mismo sentido: «Para alcanzar el amor de Dios no existe camino más corto y seguro que desprenderse del amor de las cosas del mundo —aún de las pequeñas y de poca importancia— y del amor a sí mismo, prefiriendo que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios y trabajando en su servicio más que en servicio de nuestra satisfacción y deseo».

Decía a los suyos: «El alma que se da toda a Dios es toda de él». Y también: «¿Cómo es posible que alguien que crea en Dios, pueda amar algo que no sea Dios?».

No solo es que haya que amar a Dios más que nada, sino que hay un tipo de amor, el más alto, el amor de adoración, que solo a Él se le debe y solo a Él es lícito darle. E intentar compartir este amor con cualquier criatura, por buena que sea, es solo un pecado de idolatría.

Es necesario para eso tener siempre presente el valor único de Dios. Así enseñaba: «Tened siempre a Dios ante vuestros ojos».

En esta vida afectada por el pecado y sus consecuencias, es necesario poner freno a la atracción que ejercen los bienes creados y negar el amor a uno mismo, para dirigir todas las potencias del alma hacia Dios. Lo expresa san Felipe con una máxima que toma de la tradición cisterciense: «Despreciar el mundo, no despreciar a nadie, despreciarse a uno mismo, despreciar ser despreciado».

Así dispuesto, el hombre puede y debe dedicarse al servicio de Dios: «Echaos en los brazos de Dios y preguntadle si quiere algo de vosotros. Él os hará aptos para todo aquello en que os quiera emplear. Si Dios da la carga, también da las fuerzas».

Y también: «Debéis continuar con mucho fervor la obra comenzada, desasiéndoos de toda consideración humana y de todo interés personal. Luego someteos a la voluntad de Dios y suplicadle que no permita que hagáis nada que sea contrario a su mayor gloria». «No busquéis más que esta gloria de Dios y tened confianza: el que ha hecho que comencéis la obra, hará que la acabéis».

Y por último: «Para quien realmente ama a Dios, nada hay más fastidioso que el que no llegue el momento de partir hacia él».

[En pie]

Rezamos a Dios y a la Santísima Virgen, pidiendo a san Felipe que se una a nuestra oración:

- Por el aumento de las vocaciones sacerdotales a nuestra Congregación: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por los que frecuentan el Oratorio: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por los devotos de san Felipe que esperan en el purgatorio: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por el acrecentamiento del Espíritu Santo en nosotros y en la Iglesia universal: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por la petición particular que cada uno trae en el corazón este día: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*

LETANÍAS

V.: Padre san Felipe, R.: Ruega por nosotros
Modelo de niñez
Flor de pureza
Que aprendiste el olvido del mundo
Que aprendiste el olvido de ti mismo
Que aprendiste a amar a Dios

Oremos:

Señor Dios, que no cesas de enaltecer a tus siervos con la gloria de la santidad, concédenos que el Espíritu Santo nos encienda con aquel mismo fuego que abrasó el corazón de san Felipe Neri.

DÍA SEGUNDO

[Sentados]

BREVE HISTORIA

Como adelantamos, Francisco, el padre de Felipe, quería asegurar el futuro de su hijo y Florencia no parecía el mejor sitio. Así que lo envió, con dieciocho años, quizá algo antes, a San Germán, junto a la abadía de Montecasino, fundada por san Benito. En San Germán regentaba un próspero comercio su tío Rómulo, sin herederos directos. El padre de Felipe aspiraba a que su hijo aprendiese el oficio y pudiese heredar un día el negocio del tío para ganarse la vida. Pero Dios tenía otros planes.

No lejos de San Germán, Felipe visitó la ciudad costera de la Gaeta y, allí, un monte rasgado desde la cima hasta la base que se hunde en el mar. Según la tradición, el monte se rasgó en el momento en que Jesús expiró en la cruz, como el velo del templo de Jerusalén. El hecho lo conmemora una ermita allí construida, que invita a meditar la pasión y muerte de Jesús, algo que conmovió siempre a Felipe.

No sabemos si antes o después de visitar aquel lugar Felipe decidió apartarse de las cosas de este mundo, renunció a su abolengo y a su futuro como comerciante. Todas las cosas que el mundo valora (dinero, honor, afectos, placer...), él las consideró basura en comparación con el amor de Cristo, su Señor, y decidió entregarse a él totalmente y sin atadura alguna.

Así, sin mirar atrás, se encaminó a Roma como un peregrino y ya en Roma empezó una vida de oración y de penitencia. Vivía en una habitación que le dejó el florentino Galeoto Caccia a cambio de que se ocupase de

la educación de sus dos hijos, que con el paso del tiempo terminarán consagrándose, también ellos, al servicio de Dios.

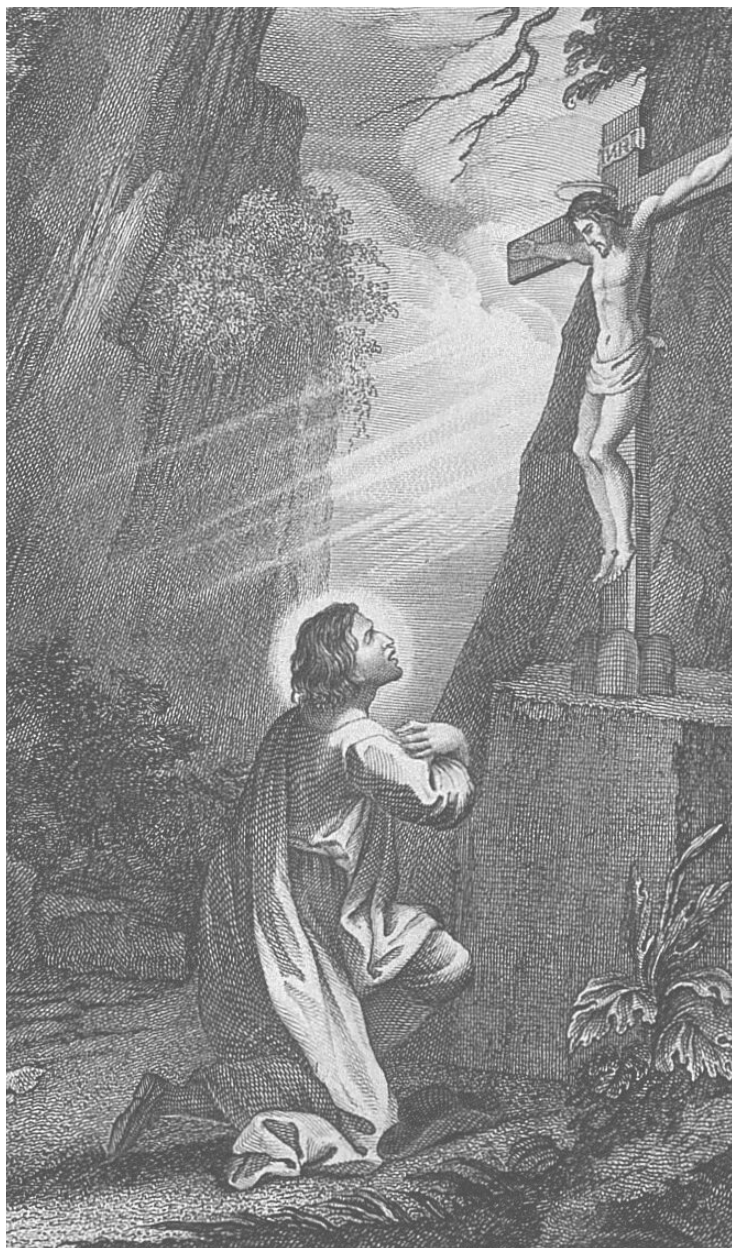
Una cama, una silla, unos cuantos libros y una cuerda para colgar la ropa es todo lo que necesitó durante los años que vivió allí. Vestía con sencillez y habitualmente tan solo comía un pan y aceitunas.

DOCTRINA

El verdadero amor a Dios no nace en el alma por el mero hecho de experimentar la vanidad de las cosas y la pobreza propia, sino al contemplar lo mucho que Dios nos ha amado en su Hijo Jesús. Fue este amor de Cristo, como una red que aprisiona y abraza con fuerza el alma, el que fascinó a Felipe desde joven, el único amor definitivo y total de su vida. Así nos repite una y otra vez: «Quien quiere otra cosa que no sea Cristo, no sabe lo que quiere. Quien pide otra cosa que no sea Cristo, no sabe lo que pide. Quien obra y no lo hace por Cristo, no sabe lo que hace. Todo es vanidad sino Cristo».

Sabía que el verdadero amor a Cristo crece y se muestra en la comunión con sus padecimientos, pero también sabía que nuestra sensibilidad repele el sufrimiento. Por eso advierte: «Todos querrían acompañar a Cristo en el Tabor para verlo transfigurado, pero pocos quieren acompañarlo en el Huerto de los Olivos».

Consciente de su propia debilidad, le suplicaba a Cristo: «Yo no quiero otra cosa que hacer tu santa voluntad, oh Jesús mío». «Solo quiero amarte, pero no te fíes de mí, ya te lo he dicho: si no me ayudas, jamás haré el bien». «Dame la gracia de llegar a amarte no por temor, sino por puro amor». «No te fíes de mí, porque seguro que caigo. Si tú



Felipe, cerca de los dieciocho años, en La Gaeta

no me ayudas, haré más grande la ya grande llaga de tu costado».

Y nos exhorta a adentrarnos más y más en el amor del crucificado dejando en el olvido cualquier otra cosa: «Concentrémonos tanto en el divino amor y adentrémonos tanto en la llaga de su costado, fuente viva de la sabiduría del Dios hecho hombre, que nosotros mismos nos anegemos y no encontremos nunca más el camino para volver fuera».

San Felipe amó a Dios por Cristo y también por Cristo amó a los hombres. De este amor nace su deseo de evangelizar y de unir a esa misión a sus hijos: «Si tuviese diez personas verdaderamente desprendidas y que solamente amasen a Cristo, tendría el ánimo suficiente para convertir el mundo entero».

Por último, con suma delicadeza, afecto y familiaridad se dirige a Jesucristo, su Señor, con súplicas como estas: «Jesús, sé siempre mi Jesús».

[En pie]

Rezamos a Dios y a la Santísima Virgen, pidiendo a san Felipe que se una a nuestra oración:

- Por el aumento de las vocaciones sacerdotales a nuestra Congregación: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por los que frecuentan el Oratorio: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por los devotos de san Felipe que esperan en el purgatorio: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por el acrecentamiento del Espíritu Santo en nosotros y en la Iglesia universal: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por la petición particular que cada uno trae en el corazón este día: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*

LETANÍAS

V.: Padre san Felipe **R.:** Ruega por nosotros

Amigo de Cristo

Que amaste a Jesús más que a las riquezas

Que todo lo dejaste con tal de ganar a Cristo

Que por amor a Cristo te dirigiste a Roma.

Que guardaste la castidad del alma y del cuerpo
desde tu juventud

Oremos:

Señor Dios, que no cesas de enaltecer a tus siervos con la gloria de la santidad, concédenos que el Espíritu Santo nos encienda con aquel mismo fuego que abrasó el corazón de san Felipe Neri.

DÍA TERCERO

[Sentados]

BREVE HISTORIA

Buscando un mayor conocimiento del Dios al que amaba, Felipe decidió ir a la Universidad. Desde los veinte hasta los veintitrés años estudió filosofía en la *Sapienza* y teología en *Sant'Agostino*. Pero la contemplación del crucifijo que presidía la biblioteca de *Sant'Agostino* le espoleaba el alma y entendió que su vida de estudiante había terminado; a partir de ese momento debía dedicarse mucho más a la oración. Tenía sed de servir a Dios.

En un acto de desprendimiento y de caridad donó los libros que había ido adquiriendo, muy costosos por aquel tiempo, a un joven llegado a Roma para estudiar, pero sin dinero para pagarse los libros. Años después, aquel joven

ayudará a Felipe económicamente en las obras de la iglesia de *Santa Maria in Vallicella*. El caso es que Felipe dejó los estudios universitarios y tomó como maestro al mismo Jesucristo y al Espíritu Santo. La ciencia divina del amor se la enseñará Cristo crucificado.

En los siete años siguientes Felipe vivió solitario, pasando desapercibido y afanándose en dos quehaceres: el servicio a los enfermos y la oración solitaria.

Atendió a los enfermos como al mismo Cristo. De forma especial se entregó al servicio de los convalecientes del Hospital de Santiago de los Incurables.

Pero, por encima de todo, se dedicó a la oración solitaria: noches rezando en los atrios de las iglesias romanas y en las catacumbas de san Sebastián, entonces abandonadas; noches de lecturas espirituales a la luz de la luna; sucederse de horas, de días y de años suplicando a Dios que le diese «espíritu», «acrecentamiento de espíritu», con el que conocerle y amarle más. Andaba como un pobre que busca a Dios y suplica su amor.

Por entonces hizo suya la antigua costumbre de peregrinar a las siete iglesias más importantes de la ciudad, en un recorrido de unos veinte kilómetros. Años después, sus hijos espirituales le acompañarán en esta peregrinación, que se volvió famosísima en la Urbe: «la visita a las Siete Iglesias».

En este periodo, desde los veinte hasta los treinta años, comenzó también una particular forma de apostolado, libre de todo artificio: hablaba con los que se encontraba en las plazas, en los talleres y en los negocios, y de forma espontánea atraía su atención hacia las cosas del cielo. Repetía a unos y a otros: «¿Cuándo vamos a comenzar a ser buenos?».



Felipe Neri, cuidando a los enfermos del hospital

DOCTRINA

Buscando cómo servir a Cristo no se le ocurrió mejor cosa que rezar mucho, servir a los enfermos y conducir a los hombres hacia el bien. Amando a Cristo aprendió a amar a todos y se convirtió en maestro del amor a Dios y del amor al prójimo.

Nos enseña que la oración distingue a los hombres de los animales, porque solo los hombres pueden dialogar con Dios. «El hombre que no reza —dice— es como un animal irracional». Y repite que no hay nada más necesario para el hombre que la oración. Sin ella no se puede ir adelante en la vida espiritual. Por eso, el demonio, enemigo del hombre, «nada detesta más que ver a un hombre haciendo oración».

Quien se dispone a hacer oración de veras, sufre muchas tentaciones. El diablo le trae a la imaginación cosas que quedan por hacer, asuntos urgentes que atender, la sensación de no ser digno de estar en la presencia de Dios, pensamientos obscenos, miedos y tantas otras cosas. A ese respecto, san Felipe enseña: «Cuando un hombre se pone a hacer oración no debe nunca abandonarla, por más ideas que se le crucen por la cabeza o más tentaciones sufra. Al contrario, debe aguantar con paciencia».

Una de las tentaciones que sufrimos en la oración es pensar que no obtenemos nada y que no avanzamos en la vida de la gracia. ¿Qué hacer entonces? «Debemos perseverar con paciencia, pues el Señor concede en un instante lo que el hombre no ha podido alcanzar en muchos años».

«Para aprender a hacer oración es bueno humillarse y reconocerse indigno de tan gran beneficio y abandonarse del todo en los brazos del Señor. Él enseñará».

Y también señala sobre los principios de la oración: «La verdadera preparación para la oración es la mortificación.

Querer darse a la oración sin antes mortificarse es como si un pajarillo quisiera volar antes de que le salgan las plumas».

«Las personas espirituales deben aceptar tanto experimentar los gustos de Dios como la aridez de espíritu todo el tiempo que Dios quiera, y no quejarse nunca ni de lo uno ni de lo otro».

«Es un estupendo remedio para quien sufre tribulación y aridez de espíritu imaginarse como un mendigo delante de Dios y de los santos, y así acercarse primero a un santo, luego a otro, y suplicarles limosna espiritual, con la sinceridad y el sentimiento con que suelen pedir los pobres. Y eso hágase también corporalmente, yendo ora a la iglesia de este santo, ora a la iglesia de aquel otro, para suplicar esta santa limosna».

Pero también enseñaba así la supremacía de la caridad: «dejar los gustos espirituales para ayudar al prójimo es un acto de gran perfección, es dejar a Cristo por Cristo».

A los que imitándolo iban a los hospitales a cuidar de los enfermos les decía: «El que va a cuidar enfermos al hospital o se dispone para alguna otra obra de caridad piense que no es suficiente hacer un servicio cualquiera a este o a aquel enfermo, sino hacerlo con la mayor caridad, y para eso debe entender que aquel enfermo es Cristo. Debe tener por cierto que lo que hace al enfermo lo hace al mismo Cristo. Así lo hará con amor y mayor provecho del alma».

[En pie]

Rezamos a Dios y a la Santísima Virgen, pidiendo a san Felipe que se una a nuestra oración:

– Por el aumento de las vocaciones sacerdotales a nuestra Congregación: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*

- Por los que frecuentan el Oratorio: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por los devotos de san Felipe que esperan en el purgatorio: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por el acrecentamiento del Espíritu Santo en nosotros y en la Iglesia universal: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por la petición particular que cada uno trae en el corazón este día: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*

LETANÍAS

V.: Padre san Felipe **R.:** Ruega por nosotros
Mártir de la caridad

Que nos enseñas el camino de la oración escondida
Que nos muestras el valor de la oración perseverante
Que amaste a todos hasta el olvido de ti mismo
Que serviste a Cristo en los enfermos
Que amaste a Jesús en los pobres

Oremos:

Señor Dios, que no cesas de enaltecer a tus siervos con la gloria de la santidad, concédenos que el Espíritu Santo nos encienda con aquel mismo fuego que abrasó el corazón de san Felipe Neri.

DÍA CUARTO

[Sentados]

BREVE HISTORIA

Ocurrió en la víspera de Pentecostés de 1544. Felipe había llegado a Roma diez años antes y durante todo ese tiempo había perseverado pacientemente en una vida de

oración constante, como un mendigo del amor de Dios, suplicando a Dios que le diese «acrecentamiento de espíritu».

Entonces, cerca de los treinta años, en las vísperas de la fiesta de Pentecostés, hallándose una noche en las catacumbas de San Sebastián suplicando el don del Espíritu Santo, vio venir del cielo como un globo de fuego que penetró en él y se dilató en su pecho. Se sintió tomado por el amor de Dios en un grado tan elevado que parecía ahogarle. Cayó al suelo y exclamó con acento de dolor: «¡Basta, Señor, basta! ¡No puedo soportarlo más!».

El Espíritu Santo, fuego abrasador, encendió su corazón, que ardería ya siempre en amor divino, lo que se manifestaría físicamente haciéndole sentir gran calor en el pecho, incluso en pleno invierno, que se avivaba cuando hablaba de Dios y cuando, siendo sacerdote, daba la absolución en el sacramento de la penitencia. Por eso habitualmente se representa a san Felipe con un corazón en llamas.

La presencia del Espíritu Santo en san Felipe se manifestaba también en un latir tan fuerte del corazón que a veces hacía retumbar el asiento, la cama o incluso la habitación donde se encontraba. El Espíritu Santo agrandó tanto su corazón que desplazó varias costillas, como se vio después de su muerte en la autopsia.

Nuestro amable padre trató de ocultar todos estos fenómenos, pues no buscaba las alabanzas de los hombres, sino solo agradar a Dios con una vida humilde. Y cuando le preguntaban sobre lo que había ocurrido en las catacumbas, respondía con unas palabras del profeta Isaías: «*Secretum meum mihi. Secretum meum mihi*», mi secreto para mí, mi secreto para mí.

El calor que irradiaba su pecho, el violento latir de su corazón y el agrandamiento de su corazón y de su capacidad torácica, fenómenos extraordinarios y permanentes, manifestaban un milagro aún mayor: el amor inmoderado y siempre vivo de Felipe por Jesús.

DOCTRINA

San Felipe sabía que el verdadero amor a Dios solo puede crecer en un corazón humilde que se olvida de sí. Él eligió ser humilde y no alardear de los dones recibidos, sino mantenerlos como su secreto íntimo con Dios. De igual forma aconseja: «Que la persona huya de hablar de sí misma, sobre todo bien, ya sea en broma, ya sea en serio».

Y a los que querían estar con él les exigió, como también a nosotros, si le queremos tener por maestro, seguir el camino de la humildad. Humildad ante Dios: «Nada más levantarse, —dice— debemos humillarnos ante la presencia de Dios, permaneciendo ante él como cosa de ningún valor, manifestándole la propia necesidad e impotencia. En ese estado de postración Dios nos enseñará a hacer oración».

Humildad ante los hombres y ante uno mismo: «Queridos hijos, ¡sed humildes!, ¡humillaos! Humillaos siempre, y consideraos pequeños ante vuestros propios ojos y ante los ojos de los otros, para que podáis ser grandes a los ojos de Dios».

Bien sabía san Felipe que la humildad es una virtud difícil de adquirir y que el pecado de vanagloria acecha siempre. Así que advierte: «Dios ha buscado siempre en el corazón de los hombres la humildad y un sentimiento de baja consideración. No hay cosa que desagrede más a Dios que estar hinchado de sí mismo».



Felipe recibe el Espíritu Santo, fuego ardiente

Sabía san Felipe que las obras buenas de los hombres van siempre mezcladas de vanagloria. Pero eso no significa que no haya que hacer obras buenas, sino que hay que estar vigilantes para tener a raya la vanidad. A este respecto enseñaba: «Hay tres clases de vanagloria. La que es objeto y fin de lo que hacemos, que podemos llamar "señora". La que no buscamos directamente con nuestros actos, pero que experimentamos con ellos, que podemos llamar "compañera". Y aquella que, al surgir cuando se hacen buenas obras, es rechazada enseguida, y podemos llamar "criada". Procurad que la vanagloria no sea "señora"; cuando es "compañera" no quita mérito a las obras buenas; aunque la perfección consiste en que sea "criada"».

No es suficiente honrar a los superiores, también a los iguales y a los inferiores, e intentar ser el primero en hacerlo.

La única forma de llegar a ser humilde es la mortificación del amor propio. «La humildad —decía tocándose la frente— está en estos tres dedos, es decir, en mortificar el propio pensar y sentir, lo que Felipe llamaba «la racional».

Y la realización más perfecta de la humildad, su corona, es la obediencia.

[En pie]

Rezamos a Dios y a la Santísima Virgen, pidiendo a san Felipe que se una a nuestra oración:

- Por el aumento de las vocaciones sacerdotales a nuestra Congregación: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por los que frecuentan el Oratorio: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por los devotos de san Felipe que esperan en el purgatorio: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*

- Por el acrecentamiento del Espíritu Santo en nosotros y en la Iglesia universal: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
– Por la petición particular que cada uno trae en el corazón este día: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*

LETANÍAS

V.: Padre san Felipe **R.:** Ruega por nosotros

Corazón de fuego

Tú, que suplicaste el don del Espíritu Santo
Que aguardaste tanto tiempo en las catacumbas
Que recibiste al Espíritu Santo en tu corazón
Que escondiste tus dones a la mirada de los hombres
Que nos enseñas a ser pequeños y humildes

Oremos:

Señor Dios, que no cesas de enaltecer a tus siervos con la gloria de la santidad, concédenos que el Espíritu Santo nos encienda con aquel mismo fuego que abrasó el corazón de san Felipe Neri.

DÍA QUINTO

[Sentados]

BREVE HISTORIA

San Felipe comprendía como nadie las necesidades de sus semejantes y, lleno de piedad, buscaba remediarlas. Después del don del Espíritu Santo recibido en las catacumbas, ya no le bastaba cuidar a los enfermos y rezar en soledad. Tenía que hacer más para que Dios fuese amado y más también por el alma eterna de sus vecinos y amigos.

Así, junto a su confesor y director espiritual, el padre Persiano Rosa, fundó en 1548 la Cofradía de la Santísima Trinidad, para remediar la pobreza espiritual de sus conciudadanos y llevarles al trato asiduo con Dios. Allí estimulaba el amor fraterno, el amor a Dios y la oración. Promovía la práctica de las «cuarenta horas», que consistía en una adoración al Santísimo Sacramento, prolongada durante cuarenta horas con turnos de vela, que Felipe sazonaba con predicaciones sencillas, hemosas y llenas de amor a Dios.

Pero, al ver la gran cantidad de peregrinos pobres que llegaban a Roma con necesidad de que alguien les procurase comida y techo, les hablase de Dios y les ayudase espiritualmente, abrió su cofradía a este fin, y terminó por llamarse «Cofradía de la Santísima Trinidad de los Peregrinos», que hizo un bien enorme atendiendo a los peregrinos pobres como si fuesen señores distinguidos, curando sus heridas, lavando sus ropas, dándoles alimento; y ayudándoles a una verdadera conversión de vida, que era el fin de la peregrinación a la tumba de san Pedro en Roma.

Hizo todo eso cuando aún era laico.

DOCTRINA

Una de las virtudes más amadas por san Felipe era la obediencia, el mejor fruto de la humildad, su corona. En efecto, ¿quién obedece de corazón, sino el humilde?

Felipe exhortaba a obedecer no solo externamente, sino de corazón; y no solo al que tiene gran autoridad, sino también al que no tiene un puesto relevante: al portero, al cocinero, al sacristán o a cualquiera de los hermanos con los que se convive en el Oratorio. «Es mejor obedecer al

sacristán y al portero cuando llaman que quedarse en la celda para hacer oración».

Recomendaba obedecer no solo en algunas cosas, ni solo hasta un cierto sacrificio, sino en todo y hasta el completo holocausto de la voluntad. Así, decía cosas como estas: «Es más estimable quien vive una vida normal bajo la obediencia que quien, por propia voluntad, lleva una vida de gran penitencia».

«La obediencia es un camino breve para llegar rápidamente a la santidad».

«No hay peligro más grande para el alma que querer gobernarse a sí misma».

«Es necesario obedecer incluso en las cosas insignificantes y que no cuestan, así le será más fácil a la persona obedecer en cosas más grandes y costosas».

«La obediencia es el verdadero holocausto ofrecido a Dios en el altar de nuestro corazón».

Recomendaba obedecer no solo las órdenes explícitamente expresadas, sino también las que uno puede intuir que, en tal o cual circunstancia, le indicaría su confesor o su superior: «No basta hacer las cosas después de ser mandadas, sino incluso antes; y hacerlo con la seguridad de que no hay nada mejor que uno pueda hacer que lo mandado».

Y es que la obediencia cristiana es una forma de amor: al padre o a la madre, al hermano o al amigo, al esposo o a la esposa... y a Dios. Y, si es propio de los esclavos obedecer las órdenes de sus señores, es propio del que ama conocer bien a quien ama, hasta el punto de anticiparse a sus deseos.



Felipe, con treinta y tres años y laico, crea la cofradía de la Santísima Trinidad y predica a otros laicos

[En pie]

Rezamos a Dios y a la Santísima Virgen, pidiendo a san Felipe que se una a nuestra oración:

- Por el aumento de las vocaciones sacerdotales a nuestra Congregación: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por los que frecuentan el Oratorio: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por los devotos de san Felipe que esperan en el purgatorio: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por el acrecentamiento del Espíritu Santo en nosotros y en la Iglesia universal: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por la petición particular que cada uno trae en el corazón este día: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*

LETANÍAS

V.: Padre san Felipe **R.:** Ruega por nosotros
Hombre piadoso

Bienaventurado pobre de espíritu

Que buscabas cómo servir a Dios

Que te entregaste tan amorosamente a los humildes

Que lavaste los pies a los peregrinos

Que socorriste el espíritu de los sencillos

Que enderezaste a Dios tantos corazones

Oremos:

Señor Dios, que no cesas de enaltecer a tus siervos con la gloria de la santidad, concédenos que el Espíritu Santo nos encienda con aquel mismo fuego que abrasó el corazón de san Felipe Neri.

DÍA SEXTO

[Sentados]

BREVE HISTORIA

El padre Persiano Rosa, confesor de Felipe, estaba persuadido de que el bien que ya hacía nuestro querido padre se multiplicaría si se hacía sacerdote. Aunque se resistía, humilde y obediente acabó por seguir la indicación de su confesor y fue ordenado el 23 de mayo de 1551. Tenía treinta y seis años. Fue a vivir a San Jerónimo de la Caridad, donde ya vivían Persiano Rosa y otros sacerdotes de gran ardor. La iglesia y la casa de San Jerónimo de la Caridad eran un centro irradiador de santidad sacerdotal para toda Italia.

Desde su ordenación, Felipe se dedicó al confesionario, en el que se sentaba desde la madrugada hasta el mediodía, a veces hasta más tarde, para atender a los penitentes de toda edad y condición que acudían a él. Quienes lo buscaban, lo encontraban allí, dispuesto a atenderles. Les trataba con gran compasión y afecto, pero también con firmeza les enseñaba a vencer el pecado, sobre todo, el orgullo. En Felipe, muy severo consigo mismo, los penitentes hallaban comprensión, consuelo y afecto sincero, el padre más benévolo con su debilidad, pero también el más firme en la lucha con sus pecados, el más sabio y prudente para descubrir las trampas del diablo y discernir el camino de Dios. El amor de Dios, que había crecido con años de oración solitaria, con el ejercicio de las obras de misericordia y con la efusión del Espíritu Santo, llegaba a sus penitentes y los convertía en hijos queridos, de forma que todos volvían a él, atraídos por su afecto y su sabiduría. Y san Felipe se desvivía por todos ellos. Consumió su vida en el servicio del sacramento de la penitencia. Ni siquiera en sus últimas horas, ya anciano y enfermo, abandonó la confesión.

Celebraba con gran devoción la Misa diaria, que muchos sacerdotes habían abandonado. Con frecuencia durante la Misa levitaba o experimentaba éxtasis. Pero él nunca dio importancia a estos fenómenos, al contrario, intentaba que no se produjeran y, si se producían, hacía lo posible para que nadie se diese cuenta. Así, para no llamar la atención, trataba de celebrar la última misa de la mañana, a la que acudían menos fieles.

El mismo amor con que celebraba la Misa y atendía a tantos en el confesionario, le llevaba también hasta las casas de los enfermos y de los pobres. Al caer el sol, sin que nadie supiera nada, llevaba comida a los pobres y consuelo a los enfermos. A muchos de ellos los curó milagrosamente. Entre sus milagros se cuenta incluso alguna resurrección, como la de Paolo Massimo, el joven hijo de un noble. Hacía todo a escondidas, movido solo por el amor y rehuyendo toda fama de santidad. A veces, Dios le revelaba lo que había escondido en el corazón de las personas o lo que iba a ocurrir, a fin de que pudiera corregir con su especial afecto a los hombres de un camino errado y ponerles en la vía recta que conduce a la salvación.

DOCTRINA

Los que quieren seguir el camino de la santidad han de mortificarse: «Donde no es grande la mortificación, no puede ser grande la santidad».

Sobre la mortificación de las pasiones, enseña: «La primera batalla que se ha de afrontar es la de la gula, porque vencida y superada, se puede vencer la soberbia, erradicar y destruir la lujuria, atemperar la ira y, con mucha facilidad, vencer cualquier tentación. Por el contrario, a quien se deja vencer por la gula, le será muy difícil, casi imposible, superar otros muchos defectos». «Tengan cuidado los jóvenes de la carne y los viejos de la avaricia».



Sacerdote desde los treinta y seis años, celebra con devoción y sufre frecuentes éxtasis y levitaciones

Por lo que toca a la mortificación del deseo de riquezas indica: «Dios no dejará de daros los bienes materiales necesarios, pero estad atentos para que una vez que los poseáis, no os falte el espíritu [...] Si corréis detrás de los bienes materiales y amáis el dinero, no sé qué será de vosotros, porque poseer bienes sin las debidas precauciones espirituales hace al hombre incapaz para el espíritu».

San Felipe hace hincapié en la mortificación interior: «Mucho más beneficia mortificar una pasión, por pequeña que sea, que aplicarse a muchas disciplinas, ayunos y abstinencias». Y: «Si tenéis que ejercitaros en la ascesis, hacedlo en ser manso, paciente, humilde y caritativo, que estas cosas son buenas en sí mismas».

Nuestro padre creía que la mortificación más importante es la dirigida a la raíz donde surgen todas las pasiones: al conjunto de los propios pensamientos, de los sentimientos y del juicio propio, lo que él llamaba «la racional». Y nos dice: «Lo más importante para poder llevar una vida cristiana es mortificar la racional».

Junto a la ascesis, un medio necesario para el progreso en la santidad es la confesión frecuente. Enseña: «La confesión frecuente de los pecados es causa de gran beneficio para nuestra alma, ya que la purifica, la fortalece y la reaviva para el servicio de Dios».

«Para vencer las tentaciones de la carne hay cinco remedios muy útiles: huir de la ocasión; no cuidar delicadamente el cuerpo [es decir, no darle caprichos]; huir del ocio; frecuentar la oración; y frecuentar la confesión de los pecados y la Sagrada Comunión».

«Las tentaciones del demonio, espíritu muy soberbio y sombrío, se vencen mejor con la humildad de corazón,

y poniendo a la luz sencilla y claramente, sin tapujos, los pecados y las tentaciones al confesor».

«Pasada una tentación no debemos cavilar mucho sobre si hemos consentido o no, porque con semejantes pensamientos suele volver la misma tentación».

Felipe recomienda confesar primero los pecados más graves y los que más vergüenza dan, pues así el alma se libera con la humildad y confunde la soberbia del demonio.

Una de las primeras cosas que ha de hacer quien quiera salvar su alma es elegir un confesor. Antes, «medítese y récese mucho, pero, una vez elegido, no se cambie; sino sea obedecido con gran confianza, manifestándole la más mínima cosa; porque el Señor no permitirá que el confesor yerre en aquello que pueda afectar a la salvación del alma».

«No hay que fiarse nunca de uno mismo, sino aconsejarse siempre con el padre espiritual y encomendarse a la oración de todos».

Es necesario vigilar los sentimientos interiores que suelen nacer contra el confesor, porque el demonio tiende a inspirar desconfianza hacia él para alejar al penitente de su consejo.

Advierte san Felipe sobre un mal común: los penitentes no deben jamás intentar violentar al confesor para que termine aprobando algo contrario a su parecer. Al contrario, ha de fiarse totalmente de él. Y, cuando es imposible consultarle, el penitente —que ya conoce el modo de razonar de su confesor— ha de intentar suponer lo que el confesor le diría en tal caso y hacerlo.

[En pie]

Rezamos a Dios y a la Santísima Virgen, pidiendo a san Felipe que se una a nuestra oración:

- Por el aumento de las vocaciones sacerdotales a nuestra Congregación: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por los que frecuentan el Oratorio: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por los devotos de san Felipe que esperan en el purgatorio: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por el acrecentamiento del Espíritu Santo en nosotros y en la Iglesia universal: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por la petición particular que cada uno trae en el corazón este día: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*

LETANÍAS

V.: Padre san Felipe **R.:** Ruega por nosotros

El más selecto de los sacerdotes

Discernidor de espíritus

Consejero y guía de penitentes

Que enseñas a todos el camino de la santidad

Que nos enseñas a pedir perdón con prontitud

Que nos enseñas a pedir perdón con humildad

Que nos enseñas a pedir perdón con confianza

Que con amor celebraste cada día la Santa Misa

Que consolaste a los enfermos y los pobres

Que devolviste la vida a los muertos

Oremos:

Señor Dios, que no cesas de enaltecer a tus siervos con la gloria de la santidad, concédenos que el Espíritu Santo nos encienda con aquel mismo fuego que abrasó el corazón de san Felipe Neri.

DÍA SÉPTIMO

[Sentados]

BREVE HISTORIA

Felipe, deseoso de que sus penitentes e hijos creciesen espiritualmente más y más, empezó a juntarlos para orar, para comentar la vida de los santos, para leer a algunos autores espirituales o las cartas que enviaban los misioneros. Los reunía en su propia habitación, hizo de ellos hermanos y amigos, que buscaban lo bueno, lo justo, lo que es verdadero, noble y amable. Terminaban sus encuentros con la visita al Santísimo Sacramento o con la oración de las Vísperas. Pronto, la habitación de Felipe se quedó pequeña y tuvieron que acondicionar un lugar más grande. Ese espacio para la oración, un oratorio, dio nombre al grupo: los oratorianos.

Los encuentros fueron tomando forma: cada día comenzaban con una lectura edificante y un comentario sencillo con conclusiones prácticas para la vida cristiana. Seguía la exposición más preparada de algún tema espiritual, que incluía un coloquio en el que el ponente, uno del grupo, intentaba aclarar las inquietudes o las dudas de los presentes, aunque habitualmente era san Felipe quien terminaba haciendo las indicaciones definitivas. Más tarde, se incluyó un tiempo para la oración mental, para la música y el canto, y también para la exposición de la historia de la Iglesia, a fin de contrarrestar los errores que sobre ella difundían los protestantes.

Aunque más de una vez algunos miembros de la curia vaticana pusieron estos ejercicios bajo sospecha, los frutos eran tan elocuentes, los asiduos progresaban tanto en las virtudes y en una alegría humilde y sencilla, que incluso miembros distinguidos de la curia empezaron a asistir cotidianamente. Se generaron fuertes vínculos de amistad y

de fraternidad entre ellos y de amor filial con Felipe. Él era el padre, afectuoso y firme, y los suyos, una verdadera familia, se querían y se ayudaban en el camino hacia el cielo. Se reprodujo entre ellos la vida de la primera comunidad cristiana que describen los *Hechos de los Apóstoles*: «Vivían todos unidos y tenían todo en común», se ayudaban en todas las necesidades, rezaban juntos y juntos celebraban la Misa, «alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo; y día a día el Señor iba agregando» a otros al grupo.

Cuando llegaba el carnaval, que en Roma, como en tantas ciudades, fomentaba el libertinaje, Felipe ofreció una alternativa que hizo fortuna: organizó de forma festiva, a la vez que profundamente religiosa y comunitaria, la “Visita a las Siete Iglesias”. Esta peregrinación de unos veinte kilómetros solía hacerla Felipe en sus primeros años de vida en la Urbe, en completa soledad; ahora la retomaba con tiempo para la predicación, para la oración, para charlar entre los amigos, para cantar gozosamente canciones que hablaban de la vanidad del mundo y de la dicha de la vida eterna, para compartir una comida por los parajes campestres que separaban algunas de las iglesias visitadas. De esta forma, alejaba a los suyos de la corrupción de las costumbres y les enseñaba la alegría cristiana de vivir.

Decir «san Felipe Neri» equivale a decir «alegría cristiana». Su alegría nace de la pureza de su corazón y de su singular relación con el Espíritu Santo, que le hace gustar del amor de Cristo y gozarse con su obra redentora («Todo lo hizo bien»); que le hace esperar con confianza y dicha anticipada la Vida Eterna. Su alegría, profunda y a la vez festiva, llenaba de luz su mirada sobre toda la obra creadora de Dios: nada es comparable a Dios, y nada como la comunión con él es fuente de alegría, pero unido a Él, puede compartir con Dios la alegría por

su obra: «Vio Dios todo lo que había hecho y era muy bueno».

DOCTRINA

«Habitualmente la tristeza tiene su origen en la soberbia», dice san Felipe. Ya contamos cómo amaba la humildad y la obediencia, porque ellas nos hacen vivir como hijos de Dios; quien así vive y así recibe todo de Dios, vive contento. El soberbio, por el contrario, no descansa en las manos de Dios, no encuentra nunca ni paz ni contento.

La dicha del hombre depende de su relación filial con Dios, que el pecado distorsiona y oscurece. Por eso san Felipe contrapone pecado y alegría: «Queridos hijos, estad alegres, estad alegres. Quiero que no pequéis, sino que estéis alegres». Amaba la alegría y, justo por eso, odiaba el pecado.

El amor y la humildad, todo lo contrario al pecado, nos introducen en el gozo de la vida fraterna: «Deleitaos en la vida común, huid de toda singularidad, cuidad la pureza del corazón, porque el Espíritu Santo habita en almas limpias y sencillas, y él es el maestro de la oración y nos hacer estar siempre en continua paz y alegría, en un pre-gustar el Paraíso».

Si la verdadera alegría es pregusto del Paraíso, la tristeza es como el mal olor del infierno. San Felipe la destesta: «No quiero escrúpulos, no quiero tristezas. Escrúpulos y melanconías, lejos de mi casa». Y se disgustaba profundamente si veía a alguno de los suyos meditabundo y melancólico, porque, según nos enseña con insistencia, eso daña el espíritu.

Pero la alegría manifiesta su autenticidad cuando pasa por la prueba. Así, la alegría de san Felipe se mantuvo intacta, como la de un niño, también cuando llegaron los



*Felipe se deleitó siempre en el amor de Cristo crucificado.
A ese amor arrastraba a sus hijos del Oratorio*

sufrimientos propios de la avanzada vejez y de las graves enfermedades que padeció. También en esos momentos duros enseña: «es más fácil guiar por el camino del espíritu a las personas alegres que a las melancólicas».

San Felipe amaba a los espíritus alegres, pero detestaba la ironía hiriente, la burla insolente y escéptica que lleva al libertinaje. Dice: «Es necesario vigilar atentamente en medio de las alegrías para no convertirse en un disoluto o en un espíritu burlón, porque estas cosas hacen al hombre incapaz de espíritu y echan a perder lo poco que hubiese adquirido con anterioridad».

La alegría de nuestro padre, la que él vivió y promovió entre los suyos, es el mejor antídoto contra las tentaciones y la mejor palanca para potenciar las cualidades humanas. Solo se puede vivir esta alegría, si uno es humilde, si vive de forma sencilla en la presencia de Dios, ante uno mismo y ante los otros. Pero esto supone una verdadera ascesis, porque nuestra miseria busca esconderse tras artificiosas complejidades. Cuando tenemos esa tentación, volvemos a escuchar el consejo machacón de san Felipe: «Sed pequeños, sed humildes», para poder vivir alegres.

[En pie]

Rezamos a Dios y a la Santísima Virgen, pidiendo a san Felipe que se una a nuestra oración:

- Por el aumento de las vocaciones sacerdotales a nuestra Congregación: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por los que frecuentan el Oratorio: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por los devotos de san Felipe que esperan en el purgatorio: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por el acrecentamiento del Espíritu Santo en nosotros y en la Iglesia universal: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*

– Por la petición particular que cada uno trae en el corazón este día: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*

LETANÍAS

V.: Padre san Felipe **R.:** Ruega por nosotros
El más selecto de los sacerdotes
Que distribuiste cada día la palabra de Dios
Espejo de vida divina
El más dulce de los padres
Protector de los tuyos
Padre de muchos hermanos
Luz de la santa alegría
Profeta de la alegría cristiana

Oremos:

Señor Dios, que no cesas de enaltecer a tus siervos con la gloria de la santidad, concédenos que el Espíritu Santo nos encienda con aquel mismo fuego que abrasó el corazón de san Felipe Neri.

DÍA OCTAVO

[Sentados]

BREVE HISTORIA

Unos años después de ser ordenado sacerdote, Felipe pensó seriamente en ir a las tierras de misión, a «Las Indias», a evangelizar. Rezó para que Dios le manifestase su voluntad y Dios le respondió por medio de un monje cisterciense: «Tus Indias serán Roma». Obediente, Felipe

desechó para siempre esa idea y decididamente dedicó toda su vida a evangelizar Roma.

En 1564, cuando Felipe tenía cuarenta y nueve años, el Papa le encargó el cuidado de la iglesia de San Juan de los Florentinos. Nuestro querido padre hizo ordenar sacerdotes a algunos de sus discípulos para que le ayudasen en la tarea. Pronto iniciaron vida común y familiar en aquel lugar, donde permanecieron hasta 1575. Felipe, que seguía viviendo en San Jerónimo, a solo diez minutos, velaba de cerca los pasos de aquella vida sacerdotal común, regida por unas pocas normas básicas. Entre los primeros sacerdotes estaban César Baronio y Francisco María Tarugi, que jugarán un papel importantísimo y serán nombrados cardenales. Atendían la iglesia de San Juan de los Florentinos, pero cada día acudían a San Jerónimo de la Caridad con san Felipe, donde seguían desarrollándose los encuentros del Oratorio. Desde el principio, quedó claro que el centro de la vida espiritual y del trabajo pastoral de aquellos sacerdotes era el Oratorio, el variopinto grupo de laicos de todas las edades que había ido formándose en torno a Felipe.

En 1575, cuando Felipe tenía sesenta años, el Papa constituyó a Felipe y a sus sacerdotes Congregación del Oratorio, sin votos religiosos, unidos en una vida común y estable con el solo vínculo de la caridad. Les dio la orden de elaborar unas constituciones y les concedió una iglesia propia, cercana a San Jerónimo y a San Juan de los Florentinos, pequeña y casi en ruinas, la iglesia de Santa María *in Vallicella*.

San Felipe decidió derruir la vieja iglesia y construir una nueva grande y hermosa. Se empeñó en ello y la providencia le ayudó de muchas formas, por ejemplo, con

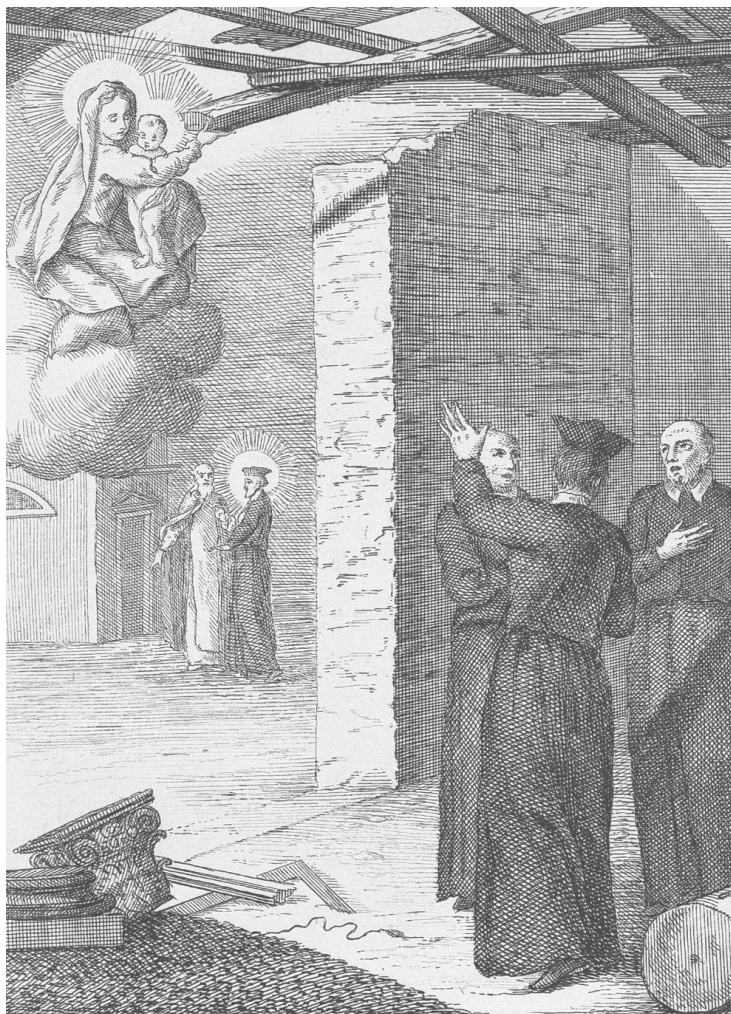
grandes donativos, pero no solo. En una ocasión, durante las obras san Felipe tuvo una visión: una de las vigas principales había perdido su soporte y el techo estaba a punto de derrumbarse, solo la Virgen María lo sostenía. Efectivamente, los albañiles encontraron que la viga principal estaba en el aire, sin apoyo alguno. Parecía que Santa María Virgen, a quien Felipe amaba tiernamente como madre de Jesús y como su propia madre, también estaba empeñada en que la construcción de la nueva iglesia se llevase a cabo.

Aunque las obras se prolongaron durante bastante tiempo, en menos de dos años, en 1577, los padres de la Congregación del Oratorio pudieron celebrar la primera Misa en la que familiarmente se llamó desde entonces la *Chiesa Nuova*, la Iglesia Nueva de Santa María *in Vallicella*.

DOCTRINA

A san Felipe le mueve un tierno amor a Jesús y también a su Madre, la Virgen María. A sus hijos nos dice: «La Virgen Santísima ama a los que la llaman "Virgen y Madre de Dios" y antes que a ella invocan el nombre santísimo de Jesús, que tiene poder de enternecer el corazón». Con los nombres de Jesús y de María, Felipe se llena de una alegría tierna, que añora su compañía en el cielo. Expresando este afecto, los pintores lo han representado muchas veces a los pies de Santa María que porta a Jesús niño en sus brazos, como dispuesta a darle a Felipe lo que más ama.

Y el amor, con una visión más aguda que la de los ojos, le lleva a Felipe a contemplar más de lo que evidencian los evangelios, y afirma que el amor de la Virgen hacia Dios



*Felipe Neri recibe el mandato divino:
«Tus Indias serán Roma»*

*De la desvencijada iglesia de Santa Maria in Vallicella,
se empeña en hacer una gran y espléndida iglesia.*

*Santa María Virgen, a quien tanto amaba,
le ayudó en su empeño.*

era tan grande desde la infancia, que padecía enormemente por el deseo de unirse a su Amado Señor. De esta forma, también para consolarla, envió a su divino Hijo.

Con esta intuición alumbrada por el amor, se adentra san Felipe en el misterio de la relación entre la Virgen María y Dios, entre los méritos de María y la gracia de Dios. Pero lo que enseña san Felipe a sus hijos es, sobre todo, a tratar a la Madre de Dios con un profundo agradecimiento y afecto, y hacerlo como a la madre solícita. Así la trataba él, como manifiesta una jaculatoria que repetía sin descanso: «Virgen y Madre, Madre y Virgen, rogad a Jesús por mí». O también: «Mi amor, mi consuelo, mi madre».

Y enseñaba a los suyos cosas como estas: «Hijos míos, sed amantes de la Virgen: sed devotos de María. Sé lo que digo». «Para dirigiros al Señor con seguridad, suplicad el particular auxilio de la Virgen María y de los santos a los que tengáis más devoción».

«Sabed, hijos, creedme, pues lo sé bien: no hay medio más eficaz para alcanzar las gracias de Dios que buscar la intercesión de la Santísima Virgen».

«Esta sola razón debería bastar para tener alegre a un fiel: saber que tiene a María Virgen junto a Dios, que reza por él».

[En pie]

Rezamos a Dios y a la Santísima Virgen, pidiendo a san Felipe que se una a nuestra oración:

– Por el aumento de las vocaciones sacerdotales a nuestra Congregación: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*

- Por los que frecuentan el Oratorio: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por los devotos de san Felipe que esperan en el purgatorio: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por el acrecentamiento del Espíritu Santo en nosotros y en la Iglesia universal: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por la petición particular que cada uno trae en el corazón este día: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*

LETANÍAS

V.: Padre san Felipe **R.:** Ruega por nosotros

Vaso del Espíritu Santo

Hijo de María

Que veneraste su virginidad

Que honraste su maternidad

Que conversaste tan dulcemente con ella

Tan cercano de ella en el cielo

Oremos:

Señor Dios, que no cesas de enaltecer a tus siervos con la gloria de la santidad, concédenos que el Espíritu Santo nos encienda con aquel mismo fuego que abrasó el corazón de san Felipe Neri.

DÍA NOVENO

[Sentados]

BREVE HISTORIA

Amigo del Espíritu Santo desde su juventud, Felipe poseía los siete dones del Espíritu Divino, lo que en su ancianidad se hizo más y más evidente para todos. Eran

muchas las personas, cristianos sencillos o grandes cardenales, que lo buscaban, porque reconocían en él ese benéfico don de Consejo, con el que se distingue el camino de la voluntad de Dios en medio de las oscuridades de todo tipo.

En su prolongada vejez sufrió diversas enfermedades y, dado su mal estado de salud, obtuvo permiso para celebrar la Misa de forma privada, en una capilla junto a su cuarto. Allí, cuando celebraba, frecuentemente era arrebatado en éxtasis y la Misa se prolongaba durante horas. Era la maduración última del corazón de aquel hombre alegre y humilde que había recibido del Espíritu Santo el don de la Sabiduría, que hace que el alma prefiera el cielo a la tierra. Los que le ayudaban en la Misa acabaron por tomar la costumbre de retirarse y volver horas después para continuar la liturgia.

En abril de 1594 sufrió una grave y dolorosa enfermedad en los riñones. Se debilitó tanto que perdió el pulso, y no podía ni hablar ni comer. Llegó el momento en que todos creían que moriría en pocas horas. Entonces ocurrió algo conmovedor: súbitamente se incorporó en la cama, recuperado de repente, y empezó a hablar con alguien que solo él podía ver. Elevaba sus brazos y con gran ternura, sollozando, decía: «Amada Señora, yo no soy digno. ¡Oh Virgen Purísima y hermosa, no merezco esta gracia». Y le decía muchas otras cosas con tal afecto que emocionó a los presentes. ¡Hombre lleno del don de Piedad!

Un año después, el 25 de mayo de 1595, que fue *Corpus Christi*, el santo estaba desbordante de alegría, de suerte que su médico comentó que nunca le había visto tan bien durante los últimos diez años. Pero san Felipe sabía perfectamente que había llegado su hora. Estuvo confe-

sando durante todo el día y recibió como de costumbre a los visitantes. ¡Confesor y padre hasta el último día de su vida! Antes de retirarse dijo: «A fin de cuentas hay que morir». Hacia medianoche sufrió un ataque tan agudo que se convocó a la comunidad. César Baronio, después de leer las oraciones de los agonizantes, le pidió que se despidiese de sus hijos y los bendijera. Ya sin poder hablar, el santo levantó la mano para dar la bendición y murió enseguida. Tenía ochenta años y dejaba tras de sí un rastro de amor a Dios que nunca se perderá.

Padre san Felipe Neri, hijo devoto de María, amigo del Espíritu Santo, discípulo amantísimo de Jesús, no permitas que nosotros seamos hijos fríos de un padre tan ferviente.

DOCTRINA

No es posible que un hombre como san Felipe, marcado por el amor a Dios y a su Hijo Jesús, a Santa María y a otros santos, como san Juan Bautista, no tenga un ardiente deseo de alcanzarlos, de alcanzar el Cielo. Así, este hombre alegre que disfrutaba de los dones del Creador llega a decir: «A quien ama realmente al Señor nada le es más pesado y molesto que la vida». O también: «Los verdaderos servidores de Dios llevan la vida en paciencia y la muerte en deseo».

Y fijándose en san Pablo enseñaba: «La muerte aterroriza a los que se hallan en estado de pecado, pero los que no lo están desean morir —como era el caso de san Pablo— para estar con Cristo».

San Pablo ansiaba morir para estar con Cristo, pero no rehuía permanecer en este mundo para trabajar por el Evangelio. De la misma forma, san Felipe enseña: «Lo

más perfecto es vivir mucho, pero como si ya estuviésemos muertos para las cosas del mundo y para uno mismo, sufriendo amorosamente por Cristo lo que él desee». En el corazón de san Felipe, herido por el fuego del Espíritu Santo, ardía tanto el deseo de alcanzar en el cielo a su Jesús, como la voluntad de llevar a este mismo Jesús a los corazones de los hombres, de hacer crecer el amor a Jesús en sus hijos más y más, y, sencillamente, de hacer lo que Jesús deseara.

San Felipe anhelaba ocupar su lugar en el cielo, junto a san Juan Bautista, junto a su querida Virgen y Madre, Santa María, junto a Jesús, a quien tanto amó desde joven, y así ungido por el Espíritu de Cristo, adentrarse en el amor de Dios Padre. Esto era lo que añoraba constantemente su corazón y también lo que quería que sus hijos mirásemos, buscásemos, deseásemos y llegásemos a merecer: nuestro lugar en el cielo. El cielo habitado por los santos que nos han precedido y por Dios. Así enseña: «Quien durante la vida, no va a menudo con el pensamiento hasta el cielo, corre gran peligro de no ascender a él después de la muerte».

El deseo de Dios impulsa el camino del alma que ya en esta vida es de Dios, y no puede descansar sino en la unión con Dios en el cielo: «Si un alma pudiese abstenerse por completo de los pecados incluso veniales, la mayor pena que sentiría en este mundo sería verse detenida en esta vida, debido al deseo ardiente de unirse a Dios».

Toda nuestra vida en la tierra, con los dones de la creación, con los sufrimientos que entraña, con los dones sobrenaturales, con el don de la gracia, no tiene otro fin que madurar nuestra alma para la perfección, la santidad y la belleza que requiere el cielo. Felipe, junto a otros muchos dones sobrenaturales, recibió el de ver subir algunas almas al cielo tras la muerte. Y tras esa «visión» afirmó:



*«¡Oh mi Señora santísima!
¡Mi bella Señora! ¡Señora mía, bendita!
No soy digno.
¿Quién soy yo, Señora, para que vengas a mí?
¿Quién soy yo, oh Santísima Virgen?»*

«No se puede expresar la belleza de un alma que muere en gracia del Señor. De lo que se sigue que cada uno debería vivir tan santamente como si cada día fuera a ser el último de la vida». Así, el deseo del cielo reclama la santidad de la vida cotidiana. El amor eterno reclama el amor en cada instante de la vida.

Una exclamación de sus labios, que él decía medio en broma, recordando que le habían propuesto el capelo cardenalicio, pero llena de ardor y de esperanza, resume todo lo que él amó y todo lo que nos enseña a amar: «¡Paraíso! ¡Paraíso!».

[En pie]

Rezamos a Dios y a la Santísima Virgen, pidiendo a san Felipe que se una a nuestra oración:

- Por el aumento de las vocaciones sacerdotales a nuestra Congregación: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por los que frecuentan el Oratorio: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por los devotos de san Felipe que esperan en el purgatorio: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por el acrecentamiento del Espíritu Santo en nosotros y en la Iglesia universal: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*
- Por la petición particular que cada uno trae en el corazón este día: *Padrenuestro... Ave María... Gloria*

LETANÍAS

V.: Padre san Felipe **R.:** Ruega por nosotros
Santo victorioso
Héroe escondido
Tú, que buscabas la cercanía de los santos

Que suspirabas por la compañía de la Virgen María
Que añorabas tu lugar junto a Jesús
Que anhelabas a Dios
Que clamaste por el Paraíso

Oremos:

Señor Dios, que no cesas de enaltecer a tus siervos con la gloria de la santidad, concédenos que el Espíritu Santo nos encienda con aquel mismo fuego que abrasó el corazón de san Felipe Neri.



HIMNO

Crecerán en ciencia, fe y virtud,
crecerán guiados por tu luz,
y al compás de alegres cantos te recordarán,
san Felipe, animándoles a amar.

*Volverás, san Felipe,
a encender el corazón
y en la voz del Oratorio
una vez más se oirá tu voz.*

Hablarán del más ferviente amor,
hablarán de filial contemplación,
y en la *Chiesa Nuova* una vez más repetirán:
¡San Felipe, enséñanos a orar!

Volverás, san Felipe...

Seguirán algunos al Señor,
seguirán más de cerca al Buen Pastor,
y dejando el mundo atrás contigo ofrecerán,
san Felipe, la víctima pascual.

Volverás, san Felipe...

Gloria eterna al Padre creador,
y a su Hijo Jesús el salvador,
y al Espíritu de amor que ardió en tu corazón:
¡Gloria eterna a la Trinidad y honor!

*Volverás, san Felipe,
a encender el corazón
y en la voz del Oratorio
una vez más se oirá tu voz.
Y la voz del Oratorio
una vez más será tu voz.*

